



## CAPÍTULO VIII

JESUCRISTO VIVIENDO EN LA DIVINA EUCARISTÍA

### I

**A**CERQUÉMONOS al Tabernáculo sagrado, donde se halla Jesús por nuestro amor. ¡Qué vida la suya tan santa, tan llena de misterios y de inefables delicias! Él es la santidad por esencia; se oculta á nuestras miradas; descansa dulcemente en el seno de su Padre. Esto es en lo que vamos á ocuparnos.

El templo de Dios es santo; así lo sabemos, Dios lo ha dicho y no podemos dudarle. Si esto es así, ¿cual tendrá que ser, y en efecto lo es, la santidad de la vida de Jesús que reside en el Tabernáculo, de ese dulcísimo Señor que es la gloria del templo y la causa de la santidad de este mismo?

La vida de Jesús viene de Dios: el Padre tiene en sí mismo la vida, y ha dado al Hijo

tener la vida en sí mismo (1).—Esta vida de Jesús en el misterio de nuestros altares está consagrada á la gloria del Padre y al amor de los hombres. El divino Salvador, en ese misterio, presenta al Padre la ofrenda que le es más agradable; porque la Eucaristía es el sacramento de la pasión de Cristo, según que el hombre es perfeccionado en su unión con Jesucristo, que padeció por salvarle, y recuerda su santísima muerte en cuanto el mismo Jesucristo que ha padecido se nos da como convite pascual, según estas palabras de San Pablo: Jesucristo, que es nuestro Cordero pascual, ha sido inmolado por nosotros (2).— Esa ofrenda preciosa es de humildad, de obediencia y de amor; porque el Hijo de Dios se anonadó á sí mismo, obedeció al Padre y dijo estas dulcísimas palabras: Conozca el mundo que yo amo al Padre y que cumplo con lo que me ha mandado (3).

No podemos concebir una vida más santa y perfecta, alimentada de Dios, llena de Dios y ocupada enteramente en la divina gloria. Esta admirable santidad descubre nuevos encantos y bellezas, si pensamos que Jesucristo en la divina Eucaristía no se olvida de nosotros: ruega sin descanso á su divino Padre por la salud de los hombres. ¡Oh qué plegarias son las del Hijo

(1) Joánn., V, 26.

(2) I Cor. V, 26.—D. Thom. 3 p. q. LXXIII, a. III, ad III—Q. LXVI, a. IX.

(3) Joánn. XIV, 31.

de Dios tan ardientes, tan llenas de amor y de ternura! Presenta sus méritos divinos, su pasión y muerte al Eterno, que se inclina dulcemente á nosotros por Aquel su Hijo muy amado, que es la reconciliación del mundo y el supremo mediador entre Dios y los hombres.

¡Con cuánta dulzura le contemplan nuestros ojos al través de los cándidos velos que nos le ocultan en la Eucaristía! Es nuestra fe la que ahí le descubre. Es muy grande el interés que tiene por salvarnos; así nos lo prueban los ardientes ruegos que eleva por nosotros; parecemos oír estas palabras que en otro tiempo salieron de sus labios: *Pro eis ego sanctifico meipsum*. Yo por el amor que tengo á mis hijos me santifico, me ofrezco por víctima á mí mismo, para que sean santificados en la verdad; y no ruego solamente por estos, sino también por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicación (1).

Tal es la vida de Nuestro Señor amorosísimo en el Sacramento del altar: la gloria de su Padre y nuestro bien; y el que dijo que su alimento era hacer la voluntad de su Padre, vive en la divina Eucaristía, cumpliendo aquella voluntad santísima, que es gloria divina, dulzura inefable y rico manantial de bondad y gracia para nosotros.

De la santidad de la vida eucarística, pasamos á ocuparnos en sus divinos misterios, ó sea

(1) Joann., XVII, 19, 20.

en algunas maravillas que en aquella podemos contemplar.

Todo Jesucristo está en la Eucaristía. Por fuerza del sacramento está bajo las especies del mismo aquello en que directamente se convierte á substancia preexistente del pan y del vino, según se significa por las palabras de la forma que son efectivas en este sacramento, como en las demás mutaciones. Por concomitancia natural está en él aquello que realmente está unido á la cosa en que se termina la predicha conversión; porque si dos cosas están realmente unidas, adecuadamente y con mutua dependencia, donde quiera que la una exista realmente es menester que exista la otra; pues las cosas que están realmente unidas se distinguen por sólo la operación del alma (1). Además, debe tenerse por certísimo que todo Jesucristo está bajo una y otra especie del sacramento, pero de una manera diferente; porque bajo la especie de pan está el cuerpo por la fuerza sacramental y la sangre por conexión natural y concomitancia real; mas bajo las especies del vino está la sangre del Señor por fuerza sacramental, y su cuerpo por la misma conexión y concomitancia, como el alma y la divinidad, puesto que ahora la sangre del Señor no está separada de su cuerpo como lo estuvo en el tiempo de su muerte; por consiguiente, si entonces se hubiese celebrado este sacra-

(1) 3. p. q. LXXVI, a. I.—Biluart.

mento, bajo las especies de pan hubiera estado el cuerpo del Señor sin la sangre, y bajo las especies del vino la sangre sin el cuerpo, tal como estaba real y verdaderamente (1). Además el cuerpo del Señor está en el sacramento por modo de substancia, esto es, por el modo con que la substancia está bajo las dimensiones, mas no por modo de estas, ó sea por el que la cantidad dimensiva de algún cuerpo está bajo la cantidad dimensiva del lugar. Toda la naturaleza de la substancia se encuentra bajo cada parte de las dimensiones que la contienen, como en cada parte de pan se halla la naturaleza de éste, é indiferentemente, ya estén divididas las dimensiones en acto, ó sólo sean divisibles en potencia. Por esto es notorio que todo Jesucristo está bajo cada parte de las especies de pan, aun permaneciendo íntegra la hostia (2).

El cuerpo del Señor no está en este sacramento según el modo propio de la cantidad dimensiva, sino más bien según el modo de la substancia; porque la substancia del cuerpo de Cristo sucede en este sacramento á la substancia del pan; y por esto, así como la substancia de éste no estaba bajo sus dimensiones localmente, sino por modo de substancia, así ni la substancia del cuerpo del Señor. Sin embargo, este cuerpo no es el sujeto de aquellas dimensio-

(1) Id. a. 2.

(2) A. III, Id. a. V.—Silvio.

nes, como lo era la substancia de pan; y por lo mismo, la substancia de éste por razón de sus dimensiones estaba allí localmente, puesto que se comparaba al lugar mediante aquellas dimensiones; mientras que la substancia del cuerpo del Señor se compara al lugar mediante dimensiones extrañas; de suerte, que sus propias dimensiones se comparan al lugar mediante la substancia, lo cual es contrario á la razón de un cuerpo localizado. Por consiguiente, de ningún modo el cuerpo del Señor está localmente en este sacramento. Sin embargo, si estar en un lugar se toma con más generalidad por estar realmente presente en él, de esta manera el cuerpo del Señor en la Eucaristía está en un lugar; pues en realidad está presente en el espacio en que están las especies (1).

¡Cuántas maravillas y grandezas! Extiende Jesucristo la mano de su omnipotencia, y nos descubre en esa maravilla de la Eucaristía el inmenso amor que nos tiene. Nos es indispensable prorrumper en sus divinas alabanzas. Bendita su bondad, y bendito el amor que nos tiene.

Son sus delicias el estar con nosotros: ¿hallaremos fuera de Él nuestras delicias? Él no pasa ni engaña como el mundo; y mientras éste nos llena de desolación y de amargura, el amor de Jesús derrama en nuestras almas alegrías del cielo, delicias inefables que jamás fastidian y

(1) Id. a. V.—Silvio.

que son como el prelude de la inmensa dicha que reserva para nosotros en la gloria.

Las maravillas y grandezas que ostenta Jesucristo en la divina Eucaristía, son un verdadero paraíso de delicias: el amor que nos tiene le humilla hasta el extremo; siempre hallamos con nosotros á nuestro amadísimo Señor; ¿qué más queremos? Queremos serle agradecidos y pagar con nuestro amor el suyo; mas al pensar en esto el alma se llena de tristeza. Somos unos miserables, y nada vale nuestro amor si lo comparamos con el que Jesús nos tiene; por esto acudimos á Él y le pedimos algún don de los que guarda en sus tesoros, que en seguida tendremos que ofrecerle, y Él nos da su Corazón santísimo; y con este Corazón le amamos; y Él es la ofrenda con que hoy queremos pagarle sus bondades; es el tesoro que el mismo Jesús nos ha dado y hoy le ofrecemos á su santa gloria.

## II

Las santas delicias de la vida de Jesús en la Eucaristía, son, en verdad, un misterio profundísimo y que no puede comprender la inteligencia humana. ¿Qué pasa entre Él y su Padre divino; qué pasa entre Él y nosotros? Jesucristo contempla á su divino Padre como á su eterno y santísimo Principio, de quien ha recibido cuanto tiene. ¡Qué complacencia la de ese Hijo

al ver en su Padre la vida, la luz, la verdad y la hermosura, la majestad y la grandeza, y los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, y cuanto hay en ese Padre, que también lo hay en el Hijo porque el Padre se lo ha dado! El Padre tiene todas sus complacencias en ese Hijo, que es su imagen perfectísima, resplandor de su gloria, y que le es consubstancial.—Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado. Esto es lo que eternamente dice el Padre á su Verbo Divino.—Él me invocará: Tú eres mi Padre, mi Dios y el autor de mi salud (1). ¡Qué delicias tan puras las del Padre y del Hijo; qué llama de amor tan ardiente; qué suavidad de inefable y eterna dulzura procede de entrambos! Bendita sea la gloria del Señor; bendito sea el Unigénito del Padre, que vive en su amoroso seno, y bendito sea también ese amor que une al Padre y al Hijo cual inviolable y sacrosanto lazo. Tenemos que adorar esas grandezas divinas, y pensar en ellas con toda la humildad de nuestras almas y en el recogimiento de la oración, si deseamos que el Señor nos ilumine y nos dé á gustar, en cuanto esto sea posible, las delicias de su vida eucarística.

¿Qué pasa entre Jesús sacramentado y nosotros? ¿Podremos juntar extremos tan distantes? Jesús ha descendido de los cielos para unirnos consigo, ha tomado nuestra carne y se ha dig-

(1) Ps. LXXXVIII, 26. *Uti homo est, Deum suum vocat, uti Deus est, Patrem.*—Calmet.

nado llamarnos sus hermanos; toda su vida la ha consagrado á nuestro bien, y su amor ha hecho los últimos esfuerzos para obtener el nuestro. ¿Lo ha conseguido? Al oír esta pregunta la vergüenza cubre nuestro rostro, y suspiramos llenos de tristeza; todas nuestras culpas vienen á oprimirnos como una carga que nos es insoportable. Las resistencias á la gracia del Señor, con que tantas veces hemos contristado al Espíritu divino; nuestros descuidos en su santo servicio, y tantas otras faltas en que diariamente incurrimos, sellan nuestros labios, no nos dejan decir: todo lo ha conseguido de nosotros el Señor; y si lo dijésemos, nuestra propia conciencia tendría que desmentirnos.

¿Quién hay como Vos, dulcísimo Jesús, en el amor y en la fidelidad, y en todo lo bueno, y santo, noble y hermoso que atesora vuestro Corazón?—Este es el consuelo que nos queda al pensar en todas nuestras faltas: bendecir á nuestro Jesús querido, ensalzar su grandeza, publicar su gloria; porque Él solo es el santo, el Señor, el Altísimo á quien son debidas toda bendición y gloria.

Preguntamos de nuevo: ¿qué pasa entre Jesús y nosotros? Por parte de Su Majestad tenemos que en ese sacramento nunca llega á olvidarnos, aún más, ruega por nosotros á su Padre. ¡Oh Padre, le dice, yo te ruego por estos que creen en mí y que vienen á adorarme en el sacramento del altar! Y desde ese sacramento cuida sin descanso de todos nosotros; no dor-

mita ni duerme un instante, según la expresión de David; y no es esto solamente lo que hace nuestro Jesús por nosotros, sino además, con sagrada y misteriosa fuerza procura atraernos á su Corazón dulcísimo; hácenos pensar en su benignidad incomparable, en ese amor tan noble y generoso que nos manifiesta en el sacramento del altar; llena nuestras almas de dulzura, y con voz de suavidad y encanto nos dice estas palabras: Permaneced en mí y yo en vosotros. ¡Oh, qué dignación tan admirable! Cual si fuera para Él nuestro amor la razón de su dicha, así parece que anhela y suspira por conseguirlo, teniendo como tiene delicias infinitas en el seno de su Padre y no teniendo nada que desear. Pensando en esto, nuestras almas se sienten inclinadas, atraídas al amor de Jesús sacramentado. ¿Dejarían de amar al que ha llegado á tal extremo en la manifestación de su ternura?—Hablando de otra cosa, el santo Job decía: Ni es mi firmeza como la de las peñas, ni es de bronce mi carne (1). También nosotros nos rendimos al amor de Jesucristo; el fuego de su santa caridad ablanda y derrite nuestro corazón, que ya no quiere resistirle, y sin reserva se entrega en sus manos.

Es inmenso el amor que nos tiene: humilde, paciente, afectuoso, insinuante. ¿Qué más queremos?... Pongamos ahora los ojos un instante en nuestra gran miseria, y quedaremos asom-

(1) VI, 12.

brados del amor que nos tiene Jesucristo. Somos unos miserables pecadores; somos nada en su presencia, y, sin embargo, nos trata con una benignidad incomparable, y son dulcísimas, á fin de atraernos á su amor, las insinuaciones de su bondad. Si una distancia infinita le separa de nosotros, porque Él es Dios de soberana majestad, cual si esa distancia no existiese, así nos le acerca el amor. De la misma manera su santidad infinita le aleja, por decirlo así, de los que tantas veces nos hemos manchado con la ignominia de la culpa; mas también el amor previene los caminos de la piedad y la gracia, y Jesús se acerca á nosotros; vive en medio de su pueblo, y tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres. Maravillas son estas de su amor divino que no podemos comprender, y que nos dejan confundidos y llenos de vergüenza al pensar en nuestra conducta para con ese Dios que tanto se ha dignado amarnos.

El amor que nos tuviese algún hombre, amor generosísimo y constante cuanto queramos suponerle, ¿podría resistir un olvido tan profundo como el nuestro y las ingratitudes y desprecios tan sensibles con que pagamos el de Jesucristo? Nos va siguiendo á todas partes, y sin cesar nos llama con voces de dulcísimo cariño, y las inspiraciones de su santa gracia tratan de volvernos hacia Él. Él mismo, desde el fondo del sagrario, nos dice en repetidas ocasiones: permaneced en mí y yo en vosotros... Tal palabra ¿es una violencia que se impone á nuestro

amor? *Precatur et rogat*, dice San Bernardo, y, sin embargo, ella rinde y cautiva nuestro corazón y nos hace exclamar: Señor, ¿qué queréis que hagamos? Quiere que le amemos, que seamos enteramente suyos, y este es, en virtud de su gracia, el más vivo y ardiente de nuestros deseos: ser enteramente de Jesús y amarle con todo el corazón.

¿Qué pasa entre Jesús y nosotros? Él dijo en otro tiempo por medio de Isaías: ¿Qué más debí yo hacer por mi viña y no lo hice? ¿Acaso porque esperé que diera uvas y ella dió gracias? (1). La razón y la justicia nos están diciendo que, en efecto, tiene el Señor que esperar de nosotros la más fiel correspondencia: réstanos saber de qué manera debemos hacerlo. Del Tabernáculo sagrado donde vive Jesús por nuestro amor, trasciende la más delicada fragancia de todas las virtudes: la humildad, que oculta la infinita grandeza de nuestro Señor dulcísimo, la paciencia que le hace sufrir el olvido y el desprecio de los hombres; su amor al Padre, á quien se ofrece en agradable sacrificio; su caridad para con nosotros, rogando sin cesar por nuestra salud; su benignidad y mansedumbre, y el celo, en fin, que le abrasa y consume por la gloria de su Padre, á quien obedece con la sumisión más rendida y perfecta. Pongamos los ojos en estas santísimas virtudes de Jesús y procuremos imitarlas: esto es lo que

(1) V, 4.

Él espera de sus hijos. No nos apartemos del sagrado Tabernáculo si n haber escuchado atentamente la enseñanza que nos dan sus santísimas virtudes. El Apóstol ha dicho lo siguiente de los que han resucitado con Jesucristo: Ya estais muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (1). Quien así vive busca las cosas que son de arriba, y en ellas tiene sus delicias y no en las de la tierra; y esa vida que huye del bullicio del mundo y deja sus placeres; que piensa en Jesucristo y pone todo su empeño en imitarle, es la que obtiene esta promesa del Apóstol: Cuando aparezca Jesucristo, que es vuestra vida, apareceréis con Él llenos de gloria.

Si realmente nuestra vida estuviese oculta con Jesucristo en Dios, las horas que pasásemos junto al sagrado Tabernáculo se deslizarían con suavidad inefable, y al separarnos dejaríamos allí todo nuestro afecto; y llenos de fortaleza y como leones que rēspiran fuego, pelearíamos contra el pecado, y las virtudes de Jesús se dejarían ver en nuestra vida mortal. Mas ¡ay de nosotros! nada de esto nos pasa, y siempre débiles y llenos de tibieza, arrastramos una vida que nos es enojosa y pesada por tantas imperfecciones y defectos con que nos manchamos diariamente. El remedio para todos estos males lo tenemos en Jesús sacramentado: visitémosle con mucha frecuen-

(1) Colos. III, 3.

cia; pensemos en el inmenso amor que nos tiene y pidamos con instancia á su gran misericordia que nos dé el tesoro de su amor divino.

Concluiremos el presente capítulo con las siguientes palabras del Tridentino: Amonesta el Santo Concilio, con paternal amor; exhorta, ruega y suplica por las entrañas de misericordia de Dios Nuestro Señor, á todos y á cada uno de los cristianos, que se unan y conformen en esta señal de unidad, en este vínculo de caridad y en este símbolo de concordia; y que, acordándose de la Majestad soberana y del amor tan extremado de Jesucristo Nuestro Señor, que dió su amada vida en precio de nuestra redención, y su carne para que nos sirviese de alimento, crean y veneren estos sagrados misterios de su cuerpo y sangre con fe tan constante y tan firme, con tal devoción de ánimo y con tanta piedad y reverencia, que puedan recibir frecuentemente aquel pan substancial, de manera que sea en verdad vida de sus almas y salud perpetua de sus entendimientos, para que, fortalecidos con el vigor que de él recibieron, puedan llegar, de esta miserable peregrinación, á la patria celestial para comer en ella, sin ningún velo, el mismo pan de los ángeles que aquí se come bajo las sagradas especies (1). Una fe firme y constante, sincera

(1) Sess. XIII, cap. 8.

devoción, piedad y reverencia: estas son las virtudes, los sentimientos con que debemos estar en la presencia de Jesús sacramentado, y con los que debemos adornar nuestras almas al recibirle en la sagrada comunión, y de esta manera la vida de Jesús será nuestra vida.



## CAPÍTULO IX

### EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

#### I

**H**ABLANDO el Concilio Tridentino del santo sacrificio de la misa, se expresa en estos términos: En el Antiguo Testamento no había consumación á causa de la debilidad del sacerdocio de Leví, y por esto fue conveniente, disponiéndolo así Dios, padre de misericordia, que naciese otro Sacerdote según el orden de Melquisedec, esto es, Nuestro Señor Jesucristo, quien pudiese completar y llevar á la perfección á todos los que habían de ser santificados. Por esto, nuestro mismo Dios y Señor, aunque había de ofrecerse á sí mismo á Dios Padre una vez por medio de la muerte en el ara de la cruz, para obrar en ella la redención eterna; con todo eso, como su sacerdocio no había de acabarse con su muerte,